

Un jugador que había perdido un juego, sintió envidia del otro, que había tenido suerte. Para mostrar su ira, comenzó a blasfemar contra Dios Nuestro Señor. Mas su camarada, poseído por el mismo espíritu del mal, exclamó:

—¡Calla! ¡Tú ni siquiera sabes blasfemar bien!

Tras lo cual, comenzó a injuriar y a calumniar a Dios aún más terriblemente. Pero cuando prosiguió insultando y denostando a la Madre de Dios, sintiose una voz desde arriba:

—Que yo sea calumniado, aún puedo consentirlo, pero que lo sea mi madre, no lo puedo tolerar.

Pronto, un invisible rayo horadó al hombre allí mismo, dejándole una herida visible; entre espumarajos, el jugador entregó su alma a Dios.

FIN

---

Recopilado por Caesarius (siglo XIII)